



Poeta Vilez du Secchi
BIBLIOTECA

El diálogo y la paz

Mi perspectiva

Rocío Vélez
de Piedrahíta



Vélez de Piedrahíta, Rocío, 1926-2019

El diálogo y la paz. Mi perspectiva / Rocío Vélez de Piedrahíta. – Medellín: Editorial EAFIT, 2024.

341 p. ; 21 cm. – (Biblioteca Rocío Vélez de Piedrahíta)

ISBN: 978-958-720-934-1

ISBN: 978-958-720-935-8 (versión EPUB)

ISBN: 978-958-720-936-5 (versión PDF)

1. Proceso de paz - Colombia - 1982-1986. 2. Paz – Colombia - 1982-1986. 3. Conflicto armado - Colombia – Siglo XX. 4. Colombia – Política y gobierno – 1982-1986. 5. Guerrillas – Colombia. I. Giraldo Ramírez, Jorge, pról. II. Tít. III. Serie.

303.66 cd 23 ed.

V436

Universidad Eafit- Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

El diálogo y la paz. Mi perspectiva

Primera edición: Tercer Mundo Editores, septiembre de 1988

Primera edición en esta colección: diciembre de 2024

© Herederos Rocío Vélez de Piedrahíta

© Editorial EAFIT

Carrera 49 No. 7 Sur - 50. . Medellín, Antioquia

<http://www.eafit.edu.co/editorial>

Correo electrónico: obraseditorial@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-934-1

ISBN: 978-958-720-935-8 (versión EPUB)

ISBN: 978-958-720-936-5 (versión PDF)

DOI: <https://doi.org/10.17230/978-958-720-934-1>

Corrección de textos: Juana Manuela Montoya y Heiner Mercado Percia

Diseño y diagramación: Margarita Rosa Ochoa Gaviria

Diseño de gráficos: Lina Pérez

Diseño de carátula: Margarita Rosa Ochoa Gaviria

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad. Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional hasta el 2026, mediante Resolución 2158, emitida el 13 de febrero de 2018.

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial.

Editado en Medellín, Colombia

CONTENIDO

Presentación	13
Prólogo. Retrato de nación	
Jorge Giraldo Ramírez	17
Discurso de lanzamiento del libro <i>El diálogo y la paz</i>	23
Introducción.....	31
Capítulo 1. Qué debe entenderse por Proceso de Paz	37
Capítulo 2. Panorama general del gobierno de Belisario Betancur con relación al Proceso de Paz.....	43
Capítulo 3. Qué había al empezar	67
Capítulo 4. Puntos de partida	75
No alineados	75
Contadora	77

Amnistía.....	83
La Comisión de Paz	87
¿Qué fue la Comisión de Paz?	89
Capítulo 5. Diálogos.....	123
¿Qué hizo la Comisión?	123
Capítulo 6. Protagonistas I	131
La guerrilla.....	131
El M-19.....	132
Diálogo Nacional.....	138
Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC)	153
Capítulo 7. Protagonistas II.....	177
Ejército Popular de Liberación (EPL).....	177
El presidente Belisario Betancur	193
Trabajo de la Comisión de Paz	200

Las Fuerzas Armadas	249
El asalto al Palacio de Justicia	255
Capítulo 8. Espectadores	293
La clase política	293
Partido Comunista.....	297
Partido Liberal.....	298
Partido Conservador	300
La Iglesia.....	301
Capítulo 9. Evaluación.....	313
Evaluación del Plan Nacional de Rehabilitación.....	321
Nota final	329
Bibliografía	333
Índice onomástico	337

A Ramiro

*Lucha salvaje donde se despedazaban
con furia hombres que no se odiaban,
que no se conocían siquiera y que no sabían
por qué habían ido a matarse a Palonegro.*
Gaspar Chaverra (seudónimo de Lucrecio
Vélez), *El camino de Palonegro*.

PRESENTACIÓN

La presente obra hace parte de la colección Biblioteca Rocío Vélez de Piedrahíta. *El diálogo y la paz* fue publicado inicialmente en 1988 por Tercer Mundo Editores, que desde 1961 se especializó en temas políticos, económicos y sociales. Los fundadores de esta editorial bogotana fueron Luis Carlos Ibáñez, Fabio Lozano Simonelli, José Gutiérrez y Belisario Betancur, quien durante su gobierno impulsó un intento por construir la paz entre 1982 y 1986.

Además de los textos originales, reproducimos en esta nueva edición el discurso del lanzamiento del libro en Medellín, en 1988, se rediseñaron las infografías y los gráficos e incluimos un conjunto de fotografías que Rocío Vélez guardaba en un álbum junto con breves anotaciones. Algunas de estas fotografías fueron donadas al Museo Nacional de Colombia e hicieron parte de “Tiempos de Paz, Acuerdos en Colombia 1902-1994”, una exposición realizada en 2003. Este gesto reafirmó el compromiso de Rocío con la memoria y extiende su papel como comisionada.

Diez años después de publicado el libro original, Rocío Vélez hizo algunas anotaciones con lápiz en un ejemplar que llamó “Tomo de trabajo”. Algunas de estas anotaciones sugieren cambios en palabras, precisan nombres o fuentes, y eliminan algunas notas al pie. Estas correcciones las hemos acogido en esta edición, junto con una actualización y una corrección de las referencias bibliográficas mencionadas y la inclusión de un índice onomástico para facilitar al lector la identificación de las personas que participaron en los hechos narrados. También acogemos un cambio en el orden de los capítulos: el capítulo “Qué había al empezar” se ubica ahora antes de “Puntos de partida”, que era el número tres en la edición de Tercer Mundo Editores. Sin embargo, otras anotaciones fueron imposibles de aplicar. Se trata de subrayados y tachones que no son acompañados por comentarios.

En una de las anotaciones que más nos llamó la atención Rocío Vélez proponía cambiar el título *El diálogo y la paz. Mi perspectiva* por *Del proceso de paz al Palacio de Justicia*. Nos tomó por sorpresa esta sugerencia luego de haber leído la obra y considerado con gran estima el título original, que de cierta forma recoge su intención de dar a conocer su papel en la Comisión de Paz, que reafirmó el 26 de octubre de 1988, día del lanzamiento del libro:

¿Por qué escribí el libro?

Para desarrollar el eje, el tercer punto: dar testimonio del trabajo de la Comisión de Paz, que no se ha tratado con

conocimiento de causa ni objetividad. Faltaba un enfoque del proceso desde la Comisión.

La confusión que hubo sobre las comisiones fue total, y para un lector cuidadoso de prensa, inexplicable porque no hubo acuerdos ni pactos secretos. Pero se creó la suspicacia de que había datos escondidos y se tejieron cuantas leyendas se pueda imaginar; se distorsionó una opinión ávida de ser distorsionada.

Esa lectura que hizo Rocío Vélez diez años después coincide con la expectativa de un nuevo proceso entre las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y el gobierno del presidente Andrés Pastrana, y muy seguramente también estuvo acompañada de nuevas preguntas que intentó responder y explicar con sus recuerdos y con lo ya escrito. Con la distancia temporal los hechos del Palacio ya se contaban con muchos más detalles, pero se recordaban sin el estupor ni la perplejidad que padecieron los colombianos durante veintiocho horas. El papel del M-19, la forma como se llevó a cabo la toma del Palacio de Justicia y los resultados de la operación de retoma, las denuncias por los desaparecidos, los efectos que tuvieron en el diálogo promovido por el presidente Betancur y el aumento de la violencia en el país se comprenderían mejor a través de la información que comparte Rocío en los capítulos “Protagonistas II” y “Asalto al Palacio de Justicia”.

En esta edición conservamos el título original no porque creamos que lo sucedido durante el asalto y la retoma

del Palacio de Justicia no es importante hoy, sino porque queremos destacar nuevamente la labor de Rocío Vélez y su intento por ayudar en la consecución de la paz a pesar de aquel suceso que consideró “el más dramático, no del gobierno de Betancur, sino de lo que va corrido de este siglo [xx] en Colombia”.

Como señala Rocío Vélez, un proceso de negociación es toda una hazaña colectiva; lo hacen hombres con defectos, en medio de situaciones adversas. Pero ella nos muestra su entereza al hacer todo lo posible por insistir en superar esas situaciones, porque es un deber moral mantener hasta el final el deseo de la paz. De ahí que escribir *El diálogo y la paz*, en el que se describen lugares y personas con tanto detalle, se convirtiera en parte de su responsabilidad como comisionada y también en su aporte al proceso de paz.

La Editorial EAFIT quiere con esta nueva edición dar a conocer la *perspectiva* de Rocío Vélez, que hoy debe tomarse como un nuevo llamado a la búsqueda de la paz entre los colombianos y a la superación, de una vez por todas, de la derrota que representa seguir en la guerra.

PRÓLOGO. RETRATO DE NACIÓN

Para Gonzalo Restrepo López, hacedor de paz

La siempre excitante coyuntura colombiana suele ser prolífica en exámenes de ocasión: crónicas o reportajes periodísticos, análisis desde visiones sociológicas, relatos peregrinos cargados de sesgos partidistas. Pocos de ellos subsisten; los más serios van adquiriendo la forma de lo que alguien llamó “historia del presente”. Algunos presentan una mirada más profunda dejando entrever el sedimento de una sociedad. Creo que este libro entra en esta última categoría. Es una mirada de un momento histórico específico, como lo fue el diálogo abierto por el gobierno de Belisario Betancur (1982-1986) con las guerrillas del país, pero también es el retrato de una nación.

Se trata de una sorpresa. Rocío Vélez de Piedrahíta no perteneció a la clase política ni empresarial, fue una mujer con una vida pública tenue y confinada a la provincia antioqueña, carente de las credenciales académicas de una María Teresa Uribe o Beatriz Restrepo o Catalina Reyes en materias sociopolíticas –para mencionar solo a las difuntas–. Ella misma declaró su

pasmo ante la designación que el presidente de la república le hiciera para integrar la comisión nacional de diálogo con la dirigencia guerrillera en 1982, función en la que permaneció durante los cuatro años que tuvo vigencia.

A pesar de ello, o quizás debido a ello –a la libertad de la que gozó respecto a los intereses y compromisos particulares en juego–, pudo ver en tiempo real elementos que aún cuarenta años después suelen soslayarse para descalificar el esfuerzo pacificador que promovió el presidente Betancur.

Cuando se revisa la historia latinoamericana de los procesos de paz con las guerrillas izquierdistas se encuentra que la primera y más ambiciosa iniciativa continental para buscar un acuerdo que condujera a la desmovilización de las insurgencias fue la que se ensayó en Colombia a partir de 1982. El único antecedente que pudiera contemplarse es la desmovilización de las comunistas Fuerzas Armadas de Liberación Nacional de Venezuela, que se produjo sin mediar negociación ni acuerdo alguno en 1969. Rocío Vélez tiene razón cuando lo denomina “experimento pionero”. Y no se debe olvidar que desde entonces hasta una docena de años después Colombia y Centroamérica entraron en una fase inédita de negociaciones con las guerrillas izquierdistas y con otras, como la Contra nicaragüense; lo que nos lleva a sugerir que esa visión marcó un derrotero hemisférico.

El segundo aspecto que argumenta este libro es que la política que desarrolló el gobierno siguiente, el de Virgilio Barco, en materia de paz fue una prolongación de algunas de

las estrategias implementadas durante el diálogo nacional. La administración Barco le dio continuidad al Plan Nacional de Rehabilitación, y tuvo que poner en práctica la reforma constitucional de 1986 que, recordemos, inauguró la elección popular de alcaldes y la descentralización administrativa más profunda del siglo XX colombiano. Cambió los criterios para la negociación con los grupos armados, pero esto solo era posible a partir de la experiencia previa.

La autora insiste en señalar que la sociedad le endosó a Belisario la responsabilidad porque el proceso de paz no culminó con la desmovilización de los grupos armados, a pesar de que ella misma no lo acompañó en el esfuerzo. A lo largo de los años se hizo evidente que los grupos guerrilleros no se sintonizaron “ni con los fines ni con la mentalidad” del proceso, como dice en este libro. Pero Rocío Vélez muestra en distintos episodios algo que se fue borrando maliciosamente de la memoria nacional: que las distintas élites del país se opusieron, casi siempre en silencio y en las noches, a la iniciativa del gobierno. Uno de sus inmediatos predecesores forjó una sindicación general contra ellas señalándolas como “enemigos agazapados de la paz”. Ella también se mordió la lengua, pero soltó unos nombres: los de Julio César Turbay y su, por entonces, escudero, César Gaviria; el del cardenal Mario Revollo, quizás sea el tercero; más la perpetua oposición del gremio de militares retirados.

A pesar de los reproches de ingenuidad y voluntarismo que se le siguen haciendo a la iniciativa de Belisario, la comisionada

exhibe una visión realista de las bases y el desarrollo de la misma. Por ejemplo, cuando argumenta que la duración de las guerrillas exigía la búsqueda de una estrategia diferente a la militar o cuando explica la importancia de un espacio diplomático distante de Estados Unidos, cuando recuerda la popularidad de las opciones de la izquierda armada o cuando advierte el involucramiento de sectores empresariales en el apoyo a grupos armados contrainsurgentes, cuando desnuda la precariedad intelectual de los jefes guerrilleros y su desconexión de la vida política en el centro del país, o cuando –precozmente, en 1987– avizora un porvenir cargado de terrorismo y narcotráfico en la actividad guerrillera.

El sarcasmo contra Belisario tuvo múltiples expresiones, entre ellas la de considerarlo un idiota útil que perjudicaba al país al hacer concesiones como la amnistía general o la tregua. Rocío Vélez, con una claridad aplastante, responde en esta memoria: “El gobierno se estaba jugando la posibilidad de que lo engañaran, los otros se estaban jugando la vida”. Corría 1987 y apenas se vislumbraba el precio que tuvieron que pagar quienes se atrevieron a regresar a la vida civil en condiciones opacas, con escasas garantías y en un ambiente de desconfianza mutua que multiplicaba los actos pérfidos desde todas las esquinas de la arena política.

Algunas de las observaciones de la escritora resultaron equivocadas o tuvieron un valor efímero, como es obvio cuando no se analiza con el periódico de ayer y se trata de documentar una experiencia inusitada. Pero hay otras que

denotan una perspicacia sociológica notable: que Colombia banalizó sus convicciones políticas, que carece de un vívido sentido nacional, que las identidades partidistas se imponen cotidianamente a los propósitos colectivos y que, por tanto, el nuestro es un Estado “que se dividió a sí mismo por voluntad de sus componentes”. La autora deja ver que las diferencias sobre la paz calaban al interior de los partidos políticos y de las otras élites. Pinta con su ojo de narradora las asombrosas condiciones de pobreza en pequeños caseríos de departamentos centrales como Antioquia o Santander. Y nos deja la impresión de una sociedad mezquina, como lo hizo ver Javier Darío Restrepo (1932-2019), quien reseñó la primera edición del libro (*El Colombiano*, 1988), cuando expresó que “la paz le ha quedado grande a Colombia”.

El mismo Restrepo concluyó que “contra todo lo que indicaría el sentido común, la paz se ha convertido en el trabajo de una selecta minoría de visionarios”; minoría en la que incluía a Rocío Vélez de Piedrahíta. Debe añadirse que los miembros de ese pequeño grupo de hacedores de paz han sido desestimados siempre por la llamada opinión pública, desdén que no depende del parámetro elusivo del éxito; véase si no el caso de los líderes de negociaciones de paz fructíferas como Rafael Pardo, Luis Carlos Restrepo o Humberto de la Calle.

La narración, llena de colorido, humor y finura psicológica, es agradable y a veces hilarante. Una vez terminada su lectura queda una sombra melancólica, pues se constata, cuarenta años después, la persistencia de unas mentalidades

refractarias ante los valores de la paz, la convivencia y un sentido de nación compartido entre los colombianos.

Jardín, junio de 2024.
Jorge Giraldo Ramírez

DISCURSO DE LANZAMIENTO DEL LIBRO *EL DIÁLOGO Y LA PAZ*

Antes de hablar sobre el libro *El diálogo y la paz* me parece pertinente hacer algunas aclaraciones respecto a mi participación en el Proceso de Paz como miembro de la Comisión.

¿Por qué fui incluida en la Comisión?; es una pregunta que me hicieron con frecuencia y más de una vez con un tono que implicaba rechazo, desdeñoso, burla.

La respuesta es *no sé*.

Lo que sí sé perfectamente bien, y lo puedo explicar, es por qué acepté y participé en la Comisión durante dos años. Otro aspecto por el que se me preguntó reiteradamente, y en este caso, más frecuente que la burlita era una franca agresividad.

Hubo varias razones.

Ante todo, porque estaba en deuda con Colombia.

Vivimos tan pendientes de las fallas de los gobiernos que olvidamos y no disfrutamos la cantidad abrumadora de maravillas que nos da este país a muchos colombianos; a muchos más de los que creen quienes no contabilizan entre los bienes sino los que tienen valor económico.

Partiendo, en mi caso, de deliciosos recuerdos agropecuarios de infancia, pasando por la posibilidad de tener educación, espacio, agua y luz. Y esperanza.

Colombia es un país con esperanza; por eso seguimos aquí, no nos estamos yendo, todos nosotros nos estamos quedando aquí y deseamos morir aquí; no huimos y ello no se debe solamente a que sea nuestra patria. De las patrias sin esperanza las gentes, aun llorando, huyen, a rastras, por el aire, en lanchas, de noche, como sea.

Y un privilegio que no disfrutamos como deberíamos –muchos no lo disfrutaban en absoluto– es la calidad de nuestros compatriotas. Para donde miro no veo sino gentes extraordinarias, valerosas, queridas, a todos los niveles, en la ciudad y el campo.

Y ni hablemos de sentimientos más personales: mi esposo, mis hijos, nietos, parientes, amigas, gentes que admiro: todos viven en Colombia.

Estando así las cosas se llega el día en el cual me proponen que si quiero prestar un servicio...

Ni por un solo momento se me cruzó por la mente la idea de rechazar el nombramiento: ¡lo inconcebible, lo inaudito, lo imposible sería que hubiera dicho que no!

Mucho más si se tiene en cuenta que mi familia había padecido –como tantas familias colombianas– la desgracia de que uno de sus miembros fuera secuestrado y muerto por la guerrilla; no era razonable limitarse a llorar el hecho, criticar al gobierno, en vez de aprovechar cualquier oportunidad de

respaldar –aun en ínfima medida– cualquier iniciativa, para que algún día Colombia no tenga que soportar más el peso de esa tragedia.

A menos, claro, que no estuviera de acuerdo con el programa de paz que estaba en marcha.

Y ahí viene el segundo motivo de mi participación.

Desde que se propuso el Proceso, mientras fui miembro de la Comisión, ahora, tengo el pleno convencimiento de que, en agosto de 1982, tal y como lo planteó el presidente Betancur, ese plan era válido, era el adecuado para nuestra patria en ese momento y la única posibilidad de lograr algún día la paulatina desarticulación y la disolución de la fuerza depredadora que es la guerrilla, y vivir en paz.

Debido a que los diálogos con la guerrilla, ya de por sí espectaculares, fueron deformados por los medios de comunicación, se difundió el error de que el Proceso consistía y se limitaba al diálogo.

El Proceso de Paz propuesto por Belisario Betancur fue un trípode perfectamente bien equilibrado, en el cual mientras los unos –la Comisión de Paz– apuntalaban el dique, propiciaban una tregua que en 1984 era –las cifras y la prensa lo demuestran– promisorio, otros en las subcomisiones estudiaban reformas urgentes en diez campos de la vida colombiana –educación, salud, servicios públicos, reformas a la justicia, a la Constitución, reformas agraria y urbana...– para presentarlas al Congreso para su estudio y su aprobación (como dice con mucha ironía el presidente Barco, “Si ese cuerpo lo

considera conveniente”). Y ello simultáneamente con el tercer pilar, la programación y la puesta en marcha del enorme plan de gobierno que significó el Plan Nacional de Rehabilitación. Y el todo programado para irse desarrollando poco a poco en tres etapas o fases, como se llamaron entonces y como propone ahora el doctor Barco.

Con relación al eje de mi libro, el diálogo mismo –tan atacado, burlado, desdeñado–, mi posición es una y fija.

No solamente en el terreno religioso creo que “en el principio era el Verbo”.

Estoy persuadida de que el medio fundamental irremplazable que se les dio a los hombres, como parte de su naturaleza, para comunicarse entre sí, fue la palabra. Los diversos tipos de escritura que se han inventado, los libros, las revistas y la prensa, la radio, el teléfono y la televisión, son métodos maravillosos, asombrosos avances técnicos, todos ellos artificiales. Así como en música se dice que el instrumento más bello es la voz porque es el único que está vivo, así también no existe una manera más perfecta de llegar a otro ser humano que dirigirse a él personalmente hablándole; más teniendo, como tenemos para reforzar nuestras palabras, la mirada, la entonación y la mímica.

El más importante logro tangible del diálogo fueron los acuerdos, comentados y rechazados a veces por personas que no los han leído.

Destrozados por incontables incumplimientos, burlados por el “proselitismo armado” de un lado y el “hostigamiento” del

otro, frenados por la red de inercia de unos, o sorprendidos por ataques de enemigos con los cuales no se contaba y que alteraban las reglas del juego, aun así, los Acuerdos siguen representando el único hilo visible del cual agarrarse para llegar a un entendimiento con la subversión, mantener un pretexto que permita hablar; es el documento que, a pesar de todo, mantiene viva la posibilidad.

(Por eso, aún en las circunstancias de hoy, ninguna de las partes se decide oficialmente a cancelarlos).

Y ¿qué dice el libro?

Primero: pobrecita Colombia.

Qué fue lo que nos pasó que no nos deja vivir pacíficamente, si Colombia es grande, bella, fértil, si a todos nos gusta sembrar, todavía cabemos, nos alcanzan la luz y el agua? ¿Por qué nos matamos?

En segundo lugar, dice: pobrecitos los campesinos colombianos.

La prensa relata las desgracias del campo, a veces de paso por una carretera las entrevemos. Las verificaciones fueron otra cosa: sobrecogedora.

“A partir de las visitas de Diálogo y Verificación en las cuales participé durante el proceso, la ligereza con la cual los congresistas enfrentan su misión me resulta inadmisibles, y su despilfarro de tiempo y del dinero del país me produce náuseas”.

¿Por qué escribí el libro?

Para desarrollar el eje, el tercer punto: dar testimonio del trabajo de la Comisión de Paz, que no se ha tratado con conocimiento de causa ni objetividad. Faltaba un enfoque del proceso desde la Comisión.

La confusión que hubo sobre las comisiones fue total, y para un lector cuidadoso de prensa, inexplicable porque no hubo acuerdos ni pactos secretos. Pero se creó la suspicacia de que había datos escondidos y se tejieron cuantas leyendas se pueda imaginar; se distorsionó una opinión ávida de ser distorsionada.

El ministro Jaime Castro Castro repitió cuantas veces tuvo la oportunidad que en 1982 el país se encontraba al borde de una guerra total, irreversible, guerra-guerra –como la que ahora presenciamos, con frentes de guerra permanentes y por todo el territorio nacional–, y que el proceso estaba apuntalando el dique mientras se lograban reformas apremiantes; el ministro era indudablemente una de las personas más bien informadas del país, y sin embargo pocos lo oían, y los que oían no creían.

A finales de 1985 hubo una reunión con representantes de las subcomisiones regionales para decidir si convenía o no la prórroga de los Acuerdos, si como estaban o con enmiendas y cuáles enmiendas.

No se había alcanzado la paz –algo imposible en el lapso de pocos años–, pero de todas las regiones –entiéndase bien: todas sin excepción– pidieron que se firmara la prórroga. Unas regiones señalaron adiciones o cambios, otras dijeron que sin

modificación ninguna. Sentían una gran mejoría y creían que se estaba siguiendo el camino que conducía a la paz.

El trabajo de dialogar hasta acordar y de acordar algo válido fue un trabajo bien hecho. “Disturbios, atropellos de todo orden, incumplimientos catastróficos acaecidos posteriormente, nada me parece que borra ni la validez de lo que se hizo, ni la satisfacción de haber participado en ello, aunque fuera mínimamente”.

Ahora, dos años más tarde, el gobierno vuelve a proponer el desarrollo de las tres etapas para llegar paulatinamente a un estado pacífico; vuelve a la idea de crear zonas o regiones con comisiones –que ahora se llaman comités–, lucha por incrementar el Plan Nacional de Rehabilitación; es decir, se dispone a reestudiar, reorganizar y reconsiderar: magnífico ¡enhorabuena! Como quien dice, nos fuimos ya en busca del tiempo perdido.

Lo que sí es un hecho y no puede perderse de vista es que hoy, como ayer, ni este ni ningún plan, aun suponiéndolo perfecto, conducirá a nada si no recibe un respaldo entusiasta, patriótico, unánime. Si no se antepone el interés por la paz a cualquier otro interés y, en lugar de atacar el plan, se sugieren cambios que lo hagan viable.